

un bosque. Los pocos vecinos que venian á vernos en verano, se extrañaban que pudiésemos vivir en aquel desierto. Contábanse mil historias acaecidas en el inmenso bosque, lleno de elevadas rocas que parecian espectros, á cuyo abrigo se ocultaban muchas veces los malhechores. Mi madre y yo estábamos protegidos contra los espectros por su fuerza de voluntad, y no teniamos miedo de los ladrones, por lo reducido de nuestra fortuna..... y acaso pensaba yo tambien, por la magnífica escopeta que habia heredado de mi padre, uno de los mejores tiradores, y guarda que habia sido del canton. Yo estaba muy orgulloso con mi destreza, y aunque en atención á mis diez y seis años, los cuentos de ánimas y de brujas me conmoviesen mucho mas de lo que yo hubiera podido confesar; sin embargo, me hacia el valiente y habria enrojado de manifestar el menor temor, cuando una mujer se mostraba siempre tan serena. ¡Pobre madre, siempre trabajando y nunca cansada! Las lecciones que iba á tomar á la villa todas las mañanas, en el estío, me las hacia repetir en casa en el invierno; era para mí un maestro constante. Siempre sosegada y alerta, pronta para suministrar-me objetos de estudio, á variar la instruccion y los pasatiempos, mi madre animaba para mi aquella silvestre morada y acertaba las largas noches que pasábamos casi siempre solitarios, con sus narraciones y sus lecturas.

La madre y el hijo se miraron: el mas grandecito de los muchachos apoyó su cabeza en el hombro de la jóven, el menor se recogió á los piés de la anciana, las manos buscaron las manos, y otro calor que el de la chimenea hizo brillar las fisonomías. ¡Qué noches valdrán nunca las que se pasan en las dulzuras de la familia! ¿Qué diversiones pueden compa-

rarse á esa dulce armonía imperceptible para los sentidos, pero que hace vibrar todas las almas!

--Ya os he dicho, repuso el narrador, que á pesar de mis fanfarronadas, no estaba tan seguro de los duendes como de los ladrones, tantas veces habia oido hablar de las apariciones en el bosque. La muchacha que venia á trabajar á casa todos los dias, concluyó por decirnos que queria pasar allí las noches, no atreviéndose á volver al anochecer, ¡y no era por miedo de ladrones! Me acuerdo que una noche subió á mi cuarto acometida de un terror tan grande, que toda ella venia temblando: nunca he visto una cara tan espantada como la suya, cuando á fuerza de menearme en la cama, me sacó de mi primer sueño: estaba mas pálida que un espectro. Envuelta en una manta medio parda, que hacia resaltar mas aun la blancura de mármol de su rostro, y con una luz en su mano, no dejaba un instante de temblar: algun tiempo se quedó así sin poder pronunciar una palabra, en tanto que yo la consideraba petrificado de terror. De repente alzó las manos poniendo un dedo junto al oido, y entonces resonó distintamente un golpe sordo y profundo, luego otro, otro despues y nada mas. ¡Uno... dos... tres...! balbució ella. ¡Siempre tres! Es la muerte. ¿para quién de nosotros tres?

--Para ninguno que yo sepa, dijo una voz que me hizo estremecer, y esta vez de miedo de parecer un cobarde como lo era. Aquella voz fué la de mi madre, que, habiendo sentido ruido en mi cuarto, se vistió y entró en él serena como siempre. Yo me apresuré á ponerme mi blusa, y combatiendo valerosamente los terrores de que estaba acometido, aunque á mi pesar, me dispuse á acompañarla para ver lo que era.

Pero ya no se oía nada. "Mi madre acaba de asustar al duende," exclamé; pero nuestra buena campesina, que no tenía la vanidad suficiente para neutralizar su terror, se puso un dedo en la boca, y al ver sus ojos redondos, sus cejas levantadas por una contracción nerviosa y sus labios caídos, en vez de echarme á reír, sentí un frío mortal en el corazón; mucha valentía necesitaba por cierto para disimular mi espanto. Mi madre me hizo una seña para que me callara, á la cual obedecí en silencio, bien persuadido de que mi voz habria desmentido mi valor afectado.

Este profundo silencio no interrumpido por ningún ruido exterior, tenía algo de glacial; no hacía viento ninguno y la noche estaba oscura como boca de lobo: al cabo de un instante volvieron á resonar los tres golpes mas solemnes que la primera vez y acompañados de un estremecimiento de la pobre criada; despues todo quedó callado.

Mi madre habia quitado la luz á la trémula mano que la iba á dejar caer, y salió lentamente, pero con paso firme; yo la seguí, y Mariana, que por nada en el mundo habria querido quedarse sola, echó á andar detrás de nosotros. La sala en donde estábamos ordinariamente, que nos servia tambien de comedor, se hallaba como siempre, y sin embargo á mí me pareció mucho mas grande y sombría que de costumbre. Mi madre se detuvo á escuchar á la puerta... cuando al cabo de un momento oímos un golpe mas fuerte que los anteriores, ó al menos tal me pareció, y la sensación de la gruesa Mariana hubo de ser como la mia, pues al punto se tapó los oídos con el mayor espanto. Mi madre, que al pronto pareció titubear en la eleccion de la direccion que debia seguir, se adelantó con resuelto paso hácia una

bodega que precedia á la cueva, objeto de los secretos terrores de Mariana. Esta bodega formaba una bóveda muy honda, que antes formaba parte de unas canteras abandonadas ya despues de mucho tiempo; las comunicaciones habian sido tapadas con un grueso muro, lo que no le impedía á nuestra buena Mariana el hablar á las vecinas de la aldea de los negros subterráneos de la casita aislada. En cuanto pensé en las canteras, y en la posibilidad de un peligro real y verdadero volví á recobrar mi energia, y tomando el brazo de mi madre, me fui derecho á la puerta de la bodega que daba á la escalera de la cueva y que estaba cerrada con un buen candado; pero despues de reflexionar en ello, quise hacer entrar á mi madre en su cuarto, mientras iba yo á buscar la escopeta. Mi madre me detuvo, suplicándome en voz baja que me estuviera quieto, como ella y Mariana, que estaba pegada á mi madre, inmóvil y mas muerta que viva. Nada chistó en nuestro derredor; algunos minutos se pasaron así, hasta que de repente... sonaron de nuevo los tres golpes....!

La buena anciana habia dejado de hilar, y con la sonrisa en los labios seguia con los ojos al narrador; á los niños y á su tia se les habia cortado el aliento, y la criada de la casa se habia acercado tambien, y sin dejar de secar los eubiertos, prestaba el oido para saber de dónde habian salido los tres golpes que tanto habian aterrado á su antecesora; todas las miradas preguntaban:

---¿Pero qué era aquello? ¿Qué era?

---Un raton cogido en la ratonera, nada mas, hijos míos. El pobre animal hacia los mayores esfuerzos para escaparse y lograba levantar la trampilla que le encerraba, pero como para pasar por debajo tenia que sentar en tierra sus dos patas delanteras

con las cuales levantaba la puertecilla, en el momento que lo hacia, ésta volvía á caer dando un golpe estrepitoso. Este sonido que estallaba en el silencio de la noche, resonaba á lo largo de las bóvedas, y en el eco prolongado que hacia, tomaba un carácter extraño y espantoso.

---¡Qué cara pondria Mariana cuando vió el raton! dijo la mayor de las niñas, despues de haberse reido á carcajadas: ¡cuánta vergüenza la daria!

---No; no por eso se la quitó el miedo. Las personas tan poco instruidas como Mariana se convencen rara vez de sus tonterias. Delante de mi madre nunca se atrevió á hablar del asunto, pero á solas conmigo me decia:

---Jesus, señorito, ¿con que creis que era el raton? Entonces, ¿por qué dió los tres golpes? Justamente el tercer chico de la tia Simona, el que estaba tan delgadito, murió á los tres dias que habia pasado aquello, el dia 3 del mes! Además, ¿por qué habia yo de haber visto tres urracas á mi izquierda esta misma mañana? ¡No es el raton quien las hacia volar!

Como podeis presumir, yo me reia y me burlaba de estas ridiculeces; pero á pesar de que me reia debo confesar que tambien por mi parte me hallaba acometido de vagas supersticiones; no estaba tan firme como lo parecia, y á fuerza de oir á Mariana sus cavilaciones sobre el número tres, principié á participar de sus aprensiones. En una palabra, cuando apagaba una luz encendida porque habia tres, mi madre hacia muy mal en prodigar elogios á mi economía.

Por aquel tiempo un jóven que yo conocia desde la niñez y que era pasante de abogado, vino á algunas leguas de nuestra casa á hacer un inventario suplicándome que le ayudase. En efecto, el dia seña-

lado me puse en camino por la tarde despues de comer, creyendo que tendria tiempo de llegar, mas dió la casualidad que á pesar de que conocia bastante bien las cercanias, me perdí en el bosque. Una vez entrada la noche, cuando se halla uno solitario entre los árboles, y desconfiado de acertar con el camino, bien firme debe estar el ánimo para no experimentar ninguna emocion. Mientras iba andando encontré tres liebres, lo que era mala señal como decia Mariana, pero me eché á reir de la ocurrencia procurando hacer el valiente conmigo mismo. Las estrellas me ayudaron por último á orientarme, y arañado por las espinas de las zarzas, llegué á descubrir una choza, lo que me infundió aliento. Por lo visto, no me hallaba lejos del lugar á donde iba: al arregar un poco mis vestidos á la luz del candil de las buenas gentes que me daban los informes necesarios, les hice algunas preguntas sobre el difunto de cuya herencia debiamos hacer el inventario, y por cierto no me hicieron grandes elogios de su persona. Aquel hacendado, hombre muy original y casi centenario, vivia solo hacia cuarenta años con una porcion de criados sin otra ocupacion que la de cuidar de su salud. Todo lo que de él se sabia se reducía á que era un hombre muy avaro y muy egoísta, por lo cual á pesar de sus cuantiosos bienes habia dejado muy pocos en el país que le llorasen.

El campesino en cuya choza me detuve, me guió hasta la puerta de la hacienda. Al cabo de llamar un buen rato nos abrieron, y entrado dentro me dijeron que mi amigo no podia venir hasta el otro dia, pero que habiéndoles dado parte de mi llegada, me tenían la cama dispuesta. El hombre que me dió estas esplicaciones, se mostró muy político conmigo y me preguntó si queria cenar, pero como estaba tan

causado y me supo tan mal no encontrar á mi amigo, dije que no, para desembarazarme pronto de aquel criado que me incomodaba sin saber por qué. Apenas me llevó al cuarto que me estaba destinado, me desnudé precipitadamente y sin tomarme el trabajo de quitarme las medias, apagué la luz y me metí en la cama, quedándome al instante dormido.

A veces sucede que se va el sueño con el ruido mas ligero, en tanto que otras no le despierta á uno un cañonazo. Yo dormía como se duerme á diez y seis años despues de haber andado mucho; mas de pronto se me figuró que los legajos de papeles que debía revolver con mi amigo, lo que me preocupaba en medio de mi sueño, se iban levantando uno por uno y pasaban en solemne procesion delante de mis ojos, y esta vaga percepcion de una porcion de objetos blancos que circulaba por mi alcoba con el ruido que hacen los papeles cuando se revuelven, se fué haciendo tan clara y distinta poco á poco que acabó al fin por despertarme.

La luna que entraba por una ancha ventana alumbraba de lleno el aposento. Extrañas figuras, envueltas en mortajas, danzaban en coro en mitad del cuarto, y estas sombras tan pronto gigantescas como enanas, sin rostros, piés ni manos, helaron mi sangre en las venas, de terror. Inmóvil y guarecido detras de las colgaduras de la cama, veia lleno de estupor aquella danza de duendes ó fantasmas. — ¡Tres! dije para mí, en cuanto me hallé en estado de pensar. ¡Son tres como dice Mariana! pero y si fueran cuatro? Este absurdo me infundió ánimo; recobré mi valor con esta chauza.

Entonces me envolví en una sábana, me apoderé de mi baston, y elevando y bajando con él mi sába-

na alternativamente, reproduje sus movimientos y me puse á danzar lo mismo que ellos.

Sin duda los espectros sabian contar, pues en el momento que se vieron cuatro en vez de tres, se marcharon con una celeridad que no tuve ganas de imitar en mi ignorancia del sitio en que me hallaba.... Ahora.... adivinad lo que eran las fantasmas?

Cada cual dijo su pensamiento; pero la opinion general fué que el pasante de abogado habia querido poner á prueba el valor de su amigo.

—Desgraciadamente la chanza no era tan inocente como todo eso, repuso el padre, y hubo de terminarse con un pleito terrible en el cual tuve el sentimiento de servir de testigo y la dicha de proteger dos pobres criaturas, una de ellas presente aquí.

Sus ojos se dirigieron hácia su mujer que los niños miraron tambien, y que se sonreia con la mayor ternura.

—Sí, queridos míos, eran vuestra madre y su hermana á quienes querian desheredar, hijas las dos de la honrada criada y enfermera del difunto, el cual como carecia de herederos directos habia dejado en testamento la propiedad de la hacienda que habitaba á la digna mujer que habia prolongado su vida treinta años mas con sus esquisitos cuidados. Un primo, que era el heredero de la pingüe fortuna del difunto, ambicionaba tambien aquella hacienda, y aprovechándose de la envidia de los demas criados habia dispuesto una porcion de necedades para meter miedo á los crédulos y alejar á los que quisieran comprar la posesion, de cuyo modo el avariento colateral creia se la cederian por un poco de pan. El hilo que guió á mi amigo el pasante de abogado en el descubrimiento de esta tramoya, fué precisamente la burlesca aventura que acabo de contaros.

LAS ABEJAS Y LOS ZANGANOS.

FABULA.

Ha muchos siglos, una historia cuenta
 Que con vos elocuente al par que atenta,
 Un zángano sagaz así decía
 A una turba de abejas que lo oía:
 — ¡Oh poblacion obrera,
 Que gastais vuestra vida trabajando
 La grata miel y la suave cera,
 Y al par teneis del colmenar el mando!
 Decid, ¿mejor no fuera
 Que descanséis de carga tan pesada,
 Dando el gobierno del Estado solo
 A la zángana gente, hábil y honrada?
 Os juro, abejas mías, por Apolo,
 Que no habrá tiranía, que no habrá dolo,
 Y que por nuestra parte
 En vuestro bien comun trabajaremos;
 Mientras dadas vosotras solo al arte,
 Aumentais las riquezas colmenales,
 Duplicando el trabajo en los panales.
 ¡A la obra! ¡a la obra, abejas! progredamos;
 Paz, gloria, utilidad, todo tendremos.”
 — ¡Oh qué grande proyecto! ¡oh qué mejora!
 Ebrio de gozo el públido abejuno
 Esclamó, y de consuno
 Puso en zánganas manos el gobierno.
 Mas la vil zanganada, ya señora
 De la colmena, no tardó una hora

En trasformarlo todo en un infierno:
 Su vivo amor fraterno
 Trocóse en la mas dnra tiranía,
 Y el pueblo laborioso
 Con el yugo al cogote trabajaba
 Para tanto empleado pernicioso
 Que de su afan el fruto devoraba,
 Y cuya mano impía
 Su destino tenia....

¿Su destino? ¡jamás! pues las abejas
 Todas juntas, las mozas y las viejas,
 Una guerra á los zánganos hicieron
 Tan fiera y tan tenaz, que consiguieron
 Triunfar al fin, y hacerles mil añicos
 Con las patas, las alas y los picos.

Paz octaviana todas gozan
 De entonces para acá, y en las colmenas
 No dominan los zánganos, que apenas
 Hay alguna intentona, las valientes
 Abejas los combaten, los destrozan,
 Asi dando castigo á indignas gentes,
 Del colmenar gobierno pretendientes,
 Y un bello ejemplo para cosas tales
 A vosotros ¡oh miseros mortales!

CANTARES.

Las fatigas que se cantan
 Son las fatigas mas grandes,
 Porque se cantan llorando
 Y las lágrimas no salen.

EL HOMBRE

QUE SABE LEER Y ESCRIBIR.

Cuando los primeros hombres andaban errantes todavía por la tierra, obligados á conducir sus rebaños, en donde se presentaban pingües pastos, un hijo de Japhet se habia dormido en la soledad cerca de sus ovejas, y soñó de esta manera:

Le pareció hallarse sobre una elevada montaña de la que percibía á lo lejos las tiendas de su tribu y las de otras varias amigas de la suya. A semejante aspecto su corazón rebotó de gozo, dirigió sus brazos hácia las tiendas y elevó la voz para llamar á sus padres y hermanas; pero la mucha distancia no le permitió ni oír ni ser oído. En vano se dirigió á las nubes para que le trasportasen adonde estaban sus hermanos, á los pájaros para que le prestasen sus alas y á los vientos para transmitir sus palabras; el viento, los pájaros y las nubes pasaron sin escucharlo!

Los ojos del pastor se llenaron de lágrimas, y dijo al Dios de sus padres:

--¡Oh Ser todopoderoso! permítidme triunfar del espacio y del tiempo! Haced que yo pueda en mi soledad hablar á los hombres, y oír lo que piensan ahora y lo que han pensado en otro tiempo.

Entonces bajó un ángel, y dándole una tablilla en la que estaban trazados algunos signos, le dijo:

--Primeramente, aprende á reconocer esos caracteres, en seguida imítalos, y se cumplirán tus deseos.

Aquel era el alfabeto que Dios daba al género hu-

mano, y con él las dos artes más útiles á sus progresos y á su dicha; ¡la lectura y la escritura!

Y en efecto, merced á esos dos artes, ¿qué importa la distancia y la soledad?

El hombre que sabe leer habla con los ausentes, recibe sus confidencias, oye las pruebas que le dan de su afecto, sabe lo que hacen, lo que piensan y lo que desean, pues el papel que recibe cubierto de signos se parece á ese talismán que podía, según dicen, evocar los amigos más lejanos, presentándolos á nuestra vista con sus propios sentimientos y ocupaciones.

Los ausentes sin la lectura se parecerían á los muertos, puesto que no se sabría dónde están, en qué se ocupan y si continúan tributándonos su aprecio. Haced desaparecer esos entretenimientos por escrito que despiertan la memoria y reaniman el corazón, y la mayor parte de los lazos íntimos se reducirán á la nada.

El hombre que sabe leer se halla en comunicación no tan solo con sus amigos, sino con el universo entero. Para el hombre que escribe, la tierra no concluye en el reducido espacio que abraza la vista; participa de la vida común; ya no hay extranjeros para él, porque sabe la historia de todas las naciones; ya no le quedarán países desconocidos, pues los libros le presentan el mundo entero como en un espejo.

El hombre que sabe leer habla hasta con los muertos, pues tomando los escritos en que ellos trazaron sus ideas, le parece que las palabras de los hombres grandes se elevan de aquellas mudas páginas hasta su entendimiento; recibe las lecciones de todos esos genios diseminados sobre el anchuroso camino del tiempo; se aprovecha de la experiencia, añade sus propias reflexiones á las de aquellos hombres sabios

y viene á ser el legatario universal de la herencia de sabidurías que han ido depositando los siglos precedentes.

El hombre que sabe leer puede aprenderlo todo, pues la enseñanza le llega directamente sin pasar por la boca de su maestro, y los libros son para él escuelas que siempre están abiertas, y que siguen sus pasos hasta en medio de la soledad.

El hombre que sabe leer no conoce el aburrimiento, pues tiene á su disposición todo aquello que puede escitar su curiosidad, interesar su entendimiento y mover su imaginación. Si quiere viajar por el orbe, si quiere oír las relaciones de los desastres ó de los triunfos de su país, escuchar las inspiraciones de los poetas, asistir á los maravillosos descubrimientos de los hombres de ciencia, y seguir las aventuras románticas de algun héroe imaginario, siempre la lectura, cual hada complaciente, le conduce adonde quiere ir, y ese poderoso soberano tiene su corte compuesta de los mas grandes ingenios que produjo la tierra, los que, esclavos sumisos de sus placeres, se callan ó elevan la voz segun su fantasia.

Al hombre que sabe leer le parece en fin, que multiplica sus facultades y que engrandece su naturaleza. Hay mil encargos y funciones que solo á él pueden ser confiadas; y á los ojos de la sociedad tiene un sentido mas que el ignorante, y pertenece por decirlo así á una clase mas elevada en el orden de los demas seres.

Empero la lectura no es mas que la mitad de la ciencia indispensable, que principia por decirlo así el hombre social, y la escritura le completa.

El hombre que no sabe escribir lee los pensamientos de los demas, pero no puede leer los suyos propios; oye sin tener la facultad de contestar; ha reci-

bido el oído, pero le falta la palabra; sus relaciones con los ausentes se limitan á un eterno monólogo, siendo él mismo el auditor mudo, sin que pueda á su turno hacer sus confidencias, entablar una cuestion, ni decir lo que quiere.

El hombre que no sabe escribir en vano se desconfía de la infidelidad de su memoria; no puede fijar por medio de una nota variable el recuerdo presente; detrás de él todo se va destruyendo sucesivamente, y así le van desapareciendo los nombres, las fechas y las circunstancias, porque no ha podido fijar nada con signos claros y precisos. Su cerebro se parece á esas pieles preparadas en las que escriben por un momento algunas frases ó números fugitivos, de modo que un dia borra el hecho de la víspera.

El hombre que no sabe escribir no puede decir á un ausente el negocio del que depende su fortuna y su honor, y en vano trataria de hacer llegar sus quejas á los que gobiernan, pues viéndose en la absoluta necesidad de servirse de la mano de otro, parece condenado á una especie de infancia eterna, y es, por decirlo así, un jóven menor de edad que no puede hacer nada sin el auxilio de su tutor.

El hombre que no sabe escribir ignora el precioso arte de ordenar sus ideas y de expresarlas con brevedad. Acostumbrado á la difusión de la palabra improvisada, nunca puede arreglar y rehacer sus frases, discutir sus espresiones, variar sus argumentos y estudiar en fin esa ciencia del lenguaje que enseña á decirlo todo bajo la mejor forma y con pocas palabras.

Pero el hombre que sabe leer y escribir se parece al pájaro que siente crecer sus alas. El mundo se le presenta abierto, obteniendo así la completa victoria sobre el espacio y sobre el tiempo que el pastor pe-

dia á Dios en su sueño... Mas ahora todo dependerá del uso que haga de tan poderosos instrumentos! El árbol de la ciencia era tambien el árbol del bien y del mal en el Paraíso Terrestre. Cualquiera que sabe leer y escribir, podrá sin duda errar, pero al menos obrará con conocimiento de causa; sus faltas no dimanarán de ignorancia, sino de la eleccion, y podrá ser responsable de ellas ante los hombres como lo es ante el Sér Supremo.

UN REINADO DE UNA HORA.

No hay vicio mas feo y horroroso que el egoismo, pues nos hace sacrificar el bienestar de los demas y los intereses de la justicia á nuestras ventajas particulares, y á la satisfaccion de nuestros deseos; al paso que nada es mas digno de nuestra admiracion y de nuestro respeto, que el noble desinterés de aquellos hombres fieles y generosos que, olvidándose de sí mismos, solo piensan en hacer bien á los demas.

Un príncipe del Oriente, que el autor de donde sacamos estas líneas no nombra, se vió obligado á tomar las armas para combatir á un rebelde poderoso; pero su ejército fué derrotado, y el mismo príncipe se vió en la necesidad de tener que huir para salvar su vida. Perseguido tenazmente el infortunado monarca por los vencedores, llegó á las orillas de un caudaloso rio, apuró á su caballo para que entrase en el agua; pero la rápida corriente le llevaba á él y al animal, y ya tenían la muerte delante, cuan-

do un hombre de la clase del pueblo, un aguador, viendo el peligro en que se hallaba su soberano, se precipitó al rio para salvarle á costa de su vida, y en efecto le sacó á la orilla opuesta, preservándole así de dos peligros inminentes, es decir, del rio y de los enemigos que le perseguian de cerca.

El monarca reconocido preguntó á su libertador de dónde era, cómo se llamaba, cuál era su suerte, y le prometió del modo mas solemne colocarle en su trono durante una hora, si llegaba á reconquistar su corona, confiriéndole la plenitud del poder soberano, y el goce de todos los honores y de todas las consideraciones y ventajas de la autoridad suprema.

La guerra continuó durante algun tiempo, hasta que al fin fueron vencidos los rebeldes, recobrando el soberano todo su poder. Un dia que se hallaba éste dando audiencia á varios vasallos, y fallando algunas causas, vió á su humilde libertador confundido entre el gentío que rodeaba su trono, y entonces se acordó de los peligros que le habian amenazado, y del eminente servicio que le habia prestado el pobre aguador. Movidó el monarca de un noble sentimiento de reconocimiento, principió á contar á la muchedumbre atenta, la nobleza de alma y el heroismo del hombre que le habia salvado la vida. Acto continuo bajó del trono, mandó al aguador que subiese á ocuparlo, y á los asistentes que le tributasen los honores y homenajes que se deben á la autoridad soberana. La muchedumbre conmovida esperaba con impaciencia ver el resultado de un reinado de un momento, y es bien seguro que mas de uno de entre ellos envidiaba la estraña fortuna del modesto paisano, y calculaba ya el partido que podria sacar-se de una aventura tan dichosa. El nuevo soberano,

sin dejarse alucinar de un poder tan inesperado, se contentó con promulgar algunas leyes que reclamaba el interés público, las que fueron sancionadas y registradas en el gran libro de actas para que fuesen obedecidas, sin pensar absolutamente en su persona para atribuirse una parte de las recompensas que distribuía con suma prudencia y justicia en torno suyo. Su reinado no duró mucho como era de esperar, y cuando llegó el momento que debía marcar el fin, bajó del trono tan pobre como había subido, y resuelto á volver á emprender la tarea de sus humildes faenas; pero, tanto desinterés y delicadeza no quedó sin galardón, pues á pesar suyo fué elevado poco á poco á una alta posición, en la que con su noble conducta supo conciliarse no tan solo la amistad del monarca, sino la confianza y el aprecio de sus conciudadanos.

EL CRISOL

DE LA EXPERIENCIA.

(Cuadro alegórico.)

Cuenta una antigua conseja
Que allá en un tiempo existía
En cierta humilde alquería,
Una encina ya asaz vieja
Que frutos no producía.

Dueño de aquella heredad
Era un labrador sesudo
Entrado en la ancianidad
Y en cuya fibra la edad
Jamás hacer mella pudo.

A su lado se educaba
Un jóven de inteligencia,
Que del estudio en la ciencia
La compensacion buscaba
De su falta de experiencia.

Una ocasion por acaso
Y como aquel que camina
De fuerza y vigor ya escaso,
Fueron á dar paso á paso
Al pié de la vieja encina.

Y en el césped reclinados,
Por las ramas cobijados
De aquel árbol secular,
Comenzaron animados
Este diálogo á entablar:

JOVEN.

“El árbol que no da flor
Ni frutos apesecidos
Debe caer al rigor
De los golpes repetidos
Del hacha del leñador.

Esto os digo, padre amado,
Porque me tiene asombrado

52
Que aun no penseis en cortar
Este árbol viejo que ha dado
Cuanto tenia que dar.»

ANCIANO.

“Modera un poco ese brio:
¡Que aun no le corte te asombra!...
¡Este árbol viejo, hijo mio,
En las siestas del esfo
Sirve para darnos sombra!»

Y como si Dios quisiera
Poner la verdad severa
Del anciano en un crisol,
Huminando la esfera
Vibró sus rayos el sol.

AURELIANO RUIZ.

CANTARES.

En lo profundo del mar
Hay un castillo encantado,
En el que no entran mujeres
Para que dure el encanto.

El querer es una hoguera
Que en nuestro pecho se enciende,
Por eso cuando queremos
Toda nuestra sangre hierve.

53

EL HILO DE LA VIDA.

“Toma este ovillo: es el hilo de tu vida; podrás gastarlo como te plazca, con economía ó con prodigalidad. Cuando estés contento de tu suerte, no toques al ovillo, y el tiempo se detendrá para ti; cuando la vida te parezca una carga penosa, tiras del hilo, y los días pasarán como relámpagos.”

El niño recibió con alegría el misterioso presente, y pronto comenzó á servirse de él.

Sufrió con impaciencia la férula de las personas encargadas de cuidarle, y á veces llegaba hasta el punto de enfadarse cuando, por su bien, sus padres se oponían á sus caprichos.

—¡Qué feliz seré, decia, cuando no tenga aya, cuando sea mayor, cuando tenga diez años!

Para tenerlos, le bastó deshacer algunas vueltas del ovillo.

Pero á la vigilancia de los criados sucedió otra especie de autoridad; el niño no tenia aya: se le puso preceptor, y todos los dias con el mayor disimulo tiraba un poco del hilo, para abreviar el tiempo de la leccion.

El preceptor le acompañaba hasta en los recreos, y este testigo le era antipático é insoportable para librarse de él deshizo tanto el ovillo, que llegó á verse con bozo. ¡Qué felicidad, exclamó, ya soy libre!

Pronto se disgustó de su felicidad y libertad. Enviaba la suerte de los hombres que tienen un rango, una esposa, una familia, pero sacrificó otro poco de hilo y se balló provisto de un empleo importante, dueño de una magnífica casa y rodeado de preciosos hijos.

—¡Muy bien! dijo para sí, bien está; mi posicion es brillante, pero me condena á una penosa sujecion; mis hijos son seductores, pero me molestan muy á menudo; ¡ah! si fuese ya tiempo de jubilar me, de establecer á las hembras y colocar á los varones.

Como al hacer esta reflexión tenía el ovillo á mano, cedió á la tentación de tirar del hilo. Dicho y hecho; un espejo le presentó la imagen de sus cabellos canos; y sus hijos, que se habian duplicado en número, se establecieron todos cerca de él.

Cuando se vió con yernos y nueras, quiso ser abuelo. —¡Qué placer será el mio, decia, cuando vengan á saltar sobre mis rodillas mis nietos!

Para satisfacer este nuevo deseo recurrió á su ovillo. Vinieron nietas y nietos que alborotaron la casa de su abuelo; pero por desgracia las reumas, las parálisis y algunas otras enfermedades llegaron al mismo tiempo. El anciano quedó postrado en cama extraño á todos los placeres, y debilitados sus sentidos esclamaba con frecuencia. ¡Cuándo acabará todo esto!

Hubiera podido facilmente poner término á sus males, porque aun tenía el fatal ovillo; pero desde algun tiempo hasta entonces, se habia hecho avaro de aquel precioso hilo, y lo guardaba con un cuidado religioso sin atreverse á tocarlo. Un dia, sin embargo, vencido por el dolor, tiró del resto, y se quedó tranquilo para siempre.

El pobre hombre no habia vivido desde la visita del genio mas que seis meses. Tal seria comunmente la duración de nuestra vida, si el cielo escuchase nuestros deseos.

CANTARES.

Al luz de las estrellas
Yo te vi, cara de cielo,
Por eso, cuando te miro,
De las estrellas me acuerdo.

Los besos y los suspiros,
Las lágrimas y las quejas,
Quién sabe de dónde vienen,
Y donde el viento los lleva?

LOS TRES AMIGOS.

No te fies de amigo alguno que no le hayas probado. Amigos, hay muchos en la mesa del banquete, pero pocos, ó acaso ninguno, en la puerta de la cárcel.

Un hombre tenía tres amigos, de los que queria muchísimo á los dos; pero el tercero le era indiferente, aunque era el que á él mas queria. Un dia fué demandado ante el tribunal para responder á unos cargos que, sin fundado motivo, se le hacian. «¿Cuál de vosotros, dijo, quiere acompañarme y atestiguar mi inocencia? Se me ha hecho un cargo muy grave y el rey está airado conmigo.»

El primero de sus amigos se disculpó desde luego, diciéndole que sus muchos quehaceres no le permitian acompañarle. El segundo le acompañó hasta la puerta del juzgado; pero llegado allí, le volvió la espalda, y se fué otra vez para sus negocios, porque tuvo miedo de presentarse ante el airado juez. El tercero, con quien el menos habia contado, se metió dentro con él, habló en su defensa y atestiguó su inocencia con tantas veras, que el juez le absolvió y hasta le hizo un regalo!

Tres amigos tiene el hombre en este mundo, pero ¿cómo se portan en la hora de la muerte, cuando Dios le llama á su tribunal supremo? El dinero, que es su mejor amigo, es el primero que lo abandona, y no va con él. Sus parientes y amigos le acompañan hasta la puerta del sepulcro, y se vuelven luego á sus casas. El tercero, de quien tan poco aprecio hizo por lo mas en vida, son sus buenas obras. Nuestras buenas obras nos acompañan hasta el trono del Juez, van delante, hablan por nosotros y alcanzan misericordia y gracia....

LA IMPRENTA Y LA PÓLVORA.

Siendo el hombre un sér inteligente y fuerte, ha podido inventar dos elementos tremendos para ejercer esas dos potencias consecutivas, la inteligencia y la fuerza.

Inventó la imprenta, que convence, domina y dirige la inteligencia; inventó también la pólvora, que vence y reprime la fuerza física.

Lo que hay de particular en estos dos medios, de que se ha valido el hombre para difundir la civilización y establecer el orden en las sociedades, es que pareciendo tan diferentes, y aun opuestos en su naturaleza, tengan entre sí tantas afinidades y coincidencias en su acción y sus efectos.

¿En qué se parece la imprenta á la pólvora? Esta pregunta ocurrirá á nuestros lectores cuando empiecen á leer el preámbulo de este artículo, pareciéndoles que con ella nos dejarán callados; pero no será así, porque tenemos algo que decir, no para que se den por convencidos, sino para que se diviertan, si es que puede divertirse un artículo tan simple como este, escrito por una pluma que necesita corte.

Pero ya que nos hemos propuesto contestar esa pregunta desde que empezamos nuestro artículo, asegurando que la imprenta y la pólvora tienen notables coincidencias, sacaremos de la curiosidad á nuestros lectores.

Verdad es que por la imprenta se da y se publica la ley; pero la pólvora la hace cumplir. Por la imprenta impone la ley la pena de muerte y la pólvora la ejecuta. La imprenta mata civilmente; la pólvora mata materialmente. La imprenta sirve al hombre para defenderse y con la pólvora se defiende también el hombre. La imprenta emplea el plomo en sus letras, sus tipos; la pólvora lo emplea en sus balas. La imprenta emplea el pa-

pel para sus publicaciones; la pólvora lo emplea para cartuchos. Y así como un impreso sirve para hacer un cartucho, también una bala sirve para hacer una letra, un tipo de imprenta y una letra de imprenta para hacer una bala. La imprenta emplea la tinta negra, y la pólvora no es más que una tinta en grano del mismo color. La imprenta con una proclama desorganiza un ejército; y la pólvora con una bala puede dejar acéfala á una nación, y entregarla á la anarquía más destructora. La imprenta difunde luz en un sentido y la pólvora hace luz en otro. La imprenta divierte con sus producciones, y la pólvora con sus fuegos artificiales. La imprenta tiene sus guerras y la pólvora las suyas. La imprenta se comprime entre planchas de hierro y la pólvora se estrecha en tubos del mismo metal. La imprenta hiere de lejos y la pólvora hiere con alguna distancia. Ahora lectores ¿no es verdad que la imprenta se parece á la pólvora y la pólvora á la imprenta?

Tales son las coincidencias de estas dos invenciones humanas. El hombre por la imprenta es inteligente y libre, y por la pólvora es fuerte é independiente.

Tan limitada sería la pólvora sin la imprenta, como esta sin la pólvora. Un gobierno, pues, debe apoyarse en las dos, por lo mismo que necesita de la opinión y de la fuerza para conservar el poder, que es el resultado de equilibrio de esos dos elementos.

Este equilibrio es la justicia, pues se reduce á que no se pueda abusar de la imprenta ni de la pólvora, limitando su uso á todo aquello que conduce á un fin lícito y de utilidad comun. Si no hay equilibrio, cada una de esas fuerzas es opresora.

Estas dos invenciones son el resultado de la civilización, que en los instintos y designios de la naturaleza, no pueden dirigirse sino á su perfección. En efecto, la imprenta, ilustrando la razón, aleja los motivos de la guerra; y la pólvora, haciendo inútiles las victorias, hace la guerra á la guerra misma.

LOS HOMBRES Y LAS MUJERES.

Los hombres dicen de las mujeres todo lo que se les viene á la boca: las mujeres hacen de los hombres todo lo que se les antoja.

UNA SINCERIDAD CRUEL.

Una viuda que hacia poco habia perdido a su marido lloraba su muerte derramando abundante cuanto amargo llanto: quisieron consolarla, pero ella contesto: —Dejadme ahora que llore todo lo que quiera, que despues no volveré á acordarme de mi difunto.

LA VELETA.

Una señora sostenia en una tertulia, que la mujer era mas perfecta que el hombre, porque siendo la última obra que Dios habia hecho, se debía creer que habia reunido en ella todas las perfecciones de las demas criaturas. Un bromista dijo entonces que Dios era un gran arquitecto, porque despues de haber concluido su edificio, habia puesto en la cúspide una veleta.

RUEGO DE UN MARIDO.

Un sugeto muy devoto estaba leyendo un dia la Santa Escritura, y llegó á un párrafo que decia que un hombre, por castigo de sus pecados, fué poseido por un demonio mudo. Entonces el devoto con todo el ardor de su alma, se arrodilló diciendo:

—“Dios mio, si un demonio de esta clase se apodera de mi mujer, no la libreis de él, os lo ruego!”

DERROTOS.

El primer número señala la distancia que hay de lugar á lugar en el tránsito, y el segundo la que hay del punto de donde parte al en que para.

DE MEJICO A QUERETARO.					
Irapuato	3	82			
De México A:					
Tlalnepantla	3	5	San Antonio	3½	86½
La Lechertá	3	6	San Miguelito	2	88
Cuautitlan	1	7	Silao	3	91
Tepeji del Rio	8	15	Los Sauces	4	93
La hacienda de la Cañada	2	17	Leon	4	99
San Francisco Sotomayulpan	6	23	Lagunillas	4	103
Arroyo Zarco	5	28	Lagos de Moreno	6	109
San Antonio	5	35	San Juanico	5	112
Palmillas	4	37	Agua del Obispo	4	116
San Juan del Rio	3	40	San Juan de los Lagos	3	121
El Sauz	3	45	Jalostetitlan	4	123
Arroyo Seco	2	47	La Venta	7	152
El Colorado	3	50	Tepatitlan	7	159
La Noria	2	52	Tierra Colorada	3	142
Querétaro	2	54	Puente de Calderon	7	149
			Puente de Toluca	5	154
			lotlan	5½	159½
			Guadalajara	5½	159½
DE QUERETARO A GUADALAJARA.					
A la Estancia de las Vacas	3	87			
La Calera	3	60			
Apaseo	2½	62½			
Celaya	5	68½			
El guaje	5½	71			
Salamanca	6½	77½			
Buнавista	2	79½			
DE MEXICO A SAN BLAS.					
De México á:					
Guadalajara	189½	189½			
Venta del Mescal	8	164½			
Hacienda de la Huasca	6	170½			
Amatatan	4½	175			

Tequila	5	180
Hacienda de la Magdalena	10	190
Ranchos del Tequesquite	10	200
Las Barrancas	13	213
Ixtlan	9	222
Hacienda de Tepetitlan	12	254
Santa Isabel	6	240
Zapollan	5	243
Hacienda de San Leonel	6	251
La ciudad de Tepic	8	239
San Blas	18	277

DE MEXICO A TAMPICO.

De México á:		
San Luis Potosí	110	110
Tula	63	173
La Boquilla	4	179
La Laja	9	188
Villa de Santa Bárbara	6	194
Rancho del Chamal	4	198
Cucharas	5	203
El Comandante	4	207
El Limon	4	211
Horcasitas ó Magiteatzin	6	194
Rancho del Carrizo	8	225
Chocoy	6	251
Esteros de la Tuna	5	236
Altamira ó Villarias	10	246
Tampico	6	252

DE MEXICO A MORELIA.

De México á:		
Tacubaya	2	2
Cuaximalpa	4	6
La casa de la Pila	1	7½
Jajalpa	5½	11
Lerma	1	12
Toluca	4	16
Ixtlahuaca	9	23
San Felipe del Obraje	7	52
Hacienda de Tepetongo	8	40
Maravatío	9	49
Ucareo	6	55
Zinapécuaro	4	59
Indaparapeo	5	63
Charo	5	65
Morelia	4	69

DE MORELIA A GUANAJUATO.

De Morelia á:		
Copándaro	7	7
Uringito	8	13
Yurirapúndaro	5	18
San Gerónimo	5	21
Valle de Santiago	4	23
Salamanca	5½	28½
Irapuato	4½	33
La Hacienda de Burras	6	39
Marfil	5	43
Guanajuato	4	45

DE MEXICO A ACAPULCO.

De México á:		
Chilpancingo	68½	68½
Hacienda de Hahuatzotla	7	75
Id. de Buenavista	4	79

De Caminos	1½	81
Venta de Palo Gordo	5	86
Los Pozuelos	7	93
Dos Arroyos	6	99
Venta del Egado	4	103
Venta Vieja	3	106
Acapulco	4	110

DE MEXICO A OAJACA.

De México á:		
Puebla	28½	28½
San Salvador Chalpalengo	2	30½
Amozoc	2	32½
Tepeaca	4	36½
Veracruzito	4½	41
Venta del Corte	0½	41½
Tlacotepec	5	46½
Tepango	4	50½
San Lorenzo	4	54½
Tehuacan	1	55½
La Huerta	1½	57
San Francisco	5	60
San Sebastian	2	62
Venta Salada	5	65
Hacienda de los Dolores	1	66
Id. de la Calavera	1	67
San Antonio de los Cues	2	69
Trapiche de Ayo-tla	2	71
Los Cerros	1	72
El Carrizal	2	74
Tecomabaca	1	75
Quioitepec	2	77
Cuicatlan	5	82
San Pedro de Chi-		

Scos-zapotes	1	85
Don Dominguillo	4	87
Acaclauca	5	92
Venta de Aragón	1	93
Yayacallan	5	96
San Juan del Rey	5	101
Pueblo de los Reyes	2	103
Hacienda del Molino	4	104
Oajaca	3	107

DE OAJACA A TEHUANTEPEC.

De Oajaca á:		
Tlacolula	7	7
San Dionisio	7	14
Totolapa	7	21
San Carlos	15	34
San Bartolo	7	41
Ranchos de Vacas	7	48
Tequisitlan	6	54
Jalapa	7	61
Tehuantepec	7	68

DE MEXICO A MAZATLAN.

De México á:		
Guadalajara	159½	159½
Amatitan	10½	170
La Magdalena	8½	178½
Hacienda de Mochiltitlic	8½	187
Ixtlan	10	197
Ahuacatlan	4	201
Hacienda de Tiltan	5	206
Id. de San Leonel	10	216
Tepic	8	224
Rancho de Sruia	10	254
Santiago	4	238

Posole	8	246
Rosa morada	6½	252½
Acaponeta	16	268½
Esquinapa	16½	285
Rosario	8	295
Limon	10	305
Presidio de Mazatlan	18	321
Mazatlan	8	329

DE MEXICO A VERACRUZ POR EL SALTILLO Y MONTEREY.

ORIZAVA.

De México á:		
Puebla	28½	28½
Amozoc	4	32½
San Bartolo	3½	36
Acaticingo	1½	37½
Agua Quecholac		43½
San Agustin del Palmar	3	46½
Cañada de Ixtapa	4	50½
Puente Colorado	2½	53
Aculcingo	5	58
Orizava	6	64
Córdoba	4	68
Chiquihuite	6	74
Paso de la Soledad	5	79
La Pulga	3	82
Veracruz	6	88

DE MEXICO A VERACRUZ POR JALAPA.

De México á:		
Puebla	28½	28½
Amozoque	4	32½
Acajele	4	36½
Venta del Pinal	3½	40
Ojo de Agua	5½	45½

Tepeyahualco	7	52
Perote	7	59
La Joya	7½	67½
Jalapa	4½	71
Encero	4	75
Puente Nacional	8	83
Manantial	5	88
Veracruz	5	93

DE MEXICO A MATAMOROS POR EL SALTILLO Y MONTEREY.

De México á:

Querétaro	54	54
San Luis Potosí	60	114
Hacienda del Peñasco		5 419
Id. de Bocas		7 126
La Hedionda		8 154
Ciudad del Venado		5 159
Hacienda de los Charcos		6 145
Idem de Laguna Seca		5 150
Id. de Guadalupe el Carnicero		7 157
San Cristóbal		8 165
San Juan de Venegas		6 171
Las Animas		8 179
El Salado		7 186
San Salvador		8 194
La Encarnacion		10 204
Hacienda de Agua Nueva		14 218
Saltillo		8 226
Hacienda de Santa Maria		6 252
La Rinconada		7 239
Santa Catarina		8 247
Monterey		4 251

Hacienda de Dolores	10	261
Capadero	6½	267½
La Manteca	7	274
Paso del Zacate	10	284
Rancho del Zacate	6	290
Idem de la Coma	4	294
Id. de Torrecillas	10	304
Id. de Santo Domingo	7½	312
Idem de Cayelano	6	318
Palo Blanco	7	325
Matamoros	5	350
	10	540

DE MEXICO A SAN CRISTOBAL CHIAPAS.

De México á:		
Oajaca	107	107
Tlacolula	7	114
San Dionisio	7	121
Totolapa	7	128
San Carlos	15	141
San Bartolo	7	148
Ranchos de Vacas	7	155
Tequisitlan	6	161
Jalapa	7	168
Tehuantepeca	7	175
Juchitan	7	182
La Venta	7	189
Nitepec	7	196
Zanatepec	8	204
Tapana	7	211
El Laurel	9	220
San Mateo	8	228
Llano Grande	7	235
Jiquipilas	8	243
San Antonio	8	251
Ocosocauilla	7	258
Tuxtla	8	266
Chiapas	5	269

Ixtapa	7	276
San Lorenzo	8	284
San Cristóbal	5	287

DE MEXICO A URES.

De México á:		
Guadalajara	159½	159½
Rosario	155½	295
Potrercillo	4	297
Aguacaliente	5	302
Ciudad de Concordia	7	509
Los Veranos	8	517
La Noria	5	522
Limoncillo	9	531
Coyotlan	5	534
Piastla	4	538
Elota	8	546
Guasimas	10	556
Higuerita	2	558
Vinapa	5	561
Abuya	2	563
Higueras	2	565
Tlacuichamona	5	570
San Lorenzo	4	574
Salado	5	579
Milpa	2	581
Pueblo viejo	5	584
Carrizal	2	586
Guliacan	10	596
Alamosa	107	503
Pueblo de Comiacari	8	511
Mineral de Sobia	4	515
Rancho de los Vasitos	4	519
Mineral de Baroyeca	8	527
Presidio de Buenavista	16	545
Pueblo de Comu-		

ripa	«	«	«	12	333
La Bonansita	«	«	«	12	367
Rancho de Sa- gujuela	«	«	«	10	377
San José de Pi- mas	«	«	«	6	385
Míneral de Su- biate	«	«	«	9	592
Ciudad de Her- mosillo	«	«	«	11	603
Molino de Mon- terey	«	«	«	3	608
Topahui	«	«	«	3	613
Villa de Guada- lupe	«	«	«	6	619
Ures	«	«	«	2½	621½

DE MEXICO Á MÉRIDA.

De México á:				
Veracruz	«	«	93½	93½
Alvarado	«	«	14	107½
Meloacan	«	«	63½	173
Tepezapa	«	«	11	184
Garduza	«	«	10	194
Rosario	«	«	10	204
Huimanguillo	«	«	7	211
Campeche	«	«	110	321
MÉRIDA	«	«	38	359

DE MÉRIDA A SAN JUAN B.
TABASCO.

DE MÉRIDA A:					
Becal	«	«	«	18	18
Pocmucha	«	«	«	7½	25½
Jampol	«	«	«	8	33½
Seiba playa	«	«	«	7½	41
Sabancuy	«	«	«	20	61
Presidio del Cár- men	«	«	«	17	78
Palizada	«	«	«	17	95
Boca de Chichi-					

castle	«	«	«	16	111
Boca de Chilapa	«	«	«	15	126
SAN JUAN B. DE TABASCO	«	«	«	14	140
DE MEXICO AL MANZANILLO.					
DE MEXICO Á:					
Colima	«	«	«	177	177
Coquimatlán	«	«	«	5	180
Jala	«	«	«	2	182
Rosario	«	«	«	2	184
San Bartolomé	«	«	«	3	189
Armeria	«	«	«	2	191
Chico	«	«	«	3	194
Cuyullan	«	«	«	2	196
Cirueto	«	«	«	4	200
Campos	«	«	«	4	204
MANZANILLO	«	«	«	1½	206

DE MEXICO Á LOS PUEBLOS
NOTABLES DE SUS ALREDE-
DORES.

San Angel	«	«	«	2½	
Coyoacan	«	«	«	2	
Glurubusco	«	«	«	2	
Peñon de los baños	«	«	«	1	
Mixcoac	«	«	«	2	
Tacubaya	«	«	«	2	
Hacienda de los Mo- rales	«	«	«	1½	
San Joaquín	«	«	«	1	
Popotla	«	«	«	1	
Tacuba	«	«	«	1½	
Atzacapotzalco	«	«	«	2	
Santuario de los Re- medios	«	«	«	5	
Santuario de Gua- dalupe	«	«	«	1	
Mexicalcingo	«	«	«	2	
Ixtapalapan	«	«	«	3	
Ixtacalco	«	«	«	1	
Xochimilco	«	«	«	4½	